



A diez años de su muerte:

# Bertrand Russell, y la ética del siglo XX

Ricardo Lorenzo Sanz y

**E**N 1937, treinta y tres años antes de su muerte —acaecida el 2 de febrero de 1970—, se creyó que había fallecido. Una de las necrológicas publicadas en Londres, la aparecida en el **The Listener**, concluía diciendo: «Su vida, a pesar de todas sus vacilaciones, tuvo cierta coherencia anacrónica, reminiscente de la de los rebeldes aristocráticos de principios del siglo diecinueve. Sus principios eran curiosos... Tuvo muchos amigos, pero sobrevivió a casi todos ellos... Fue el último sobreviviente de una época muerta».

Así pretendía el periódico británico despedir a Bertrand Arthur William Russell, matemático, filósofo, sociólogo, pedagogo, ensayista, tercer conde de Russell y vizconde de Amberley, y por sobre todo —aunque la expresión no sea la más afortunada— uno de los hombres contemporáneos que más se ha preocupado, y angustiado, por la formulación y práctica de la ética que corresponde a nuestro siglo.



**E**N un mundo sacudido por sucesivas revoluciones, donde las esperanzas más descabelladas o las utopías más soñadas parecen posibles, y en el que simultáneamente la **pena de muerte** más atroz pesa sobre la humanidad como una posibilidad real, Bertrand Russell intentó encontrar respuestas. No es de extrañar entonces que se le condenara por defender a objetores de conciencia durante la primera guerra mundial, que se le marginara por inmoral por sus ideas en cuanto a la moral tradicional, acusado de traidor por su pacifismo, de reaccionario por no creer en el comunismo leninista, de izquierdista por condenar la intervención norteamericana en Vietnam, de utópico por colaborar con Amnistía Internacional, o de degenerado por amar una y otra vez, y proclamarlo con una alegría a la cual no estaba dispuesto a renunciar.

### LEALTAD A LA ESPECIE HUMANA

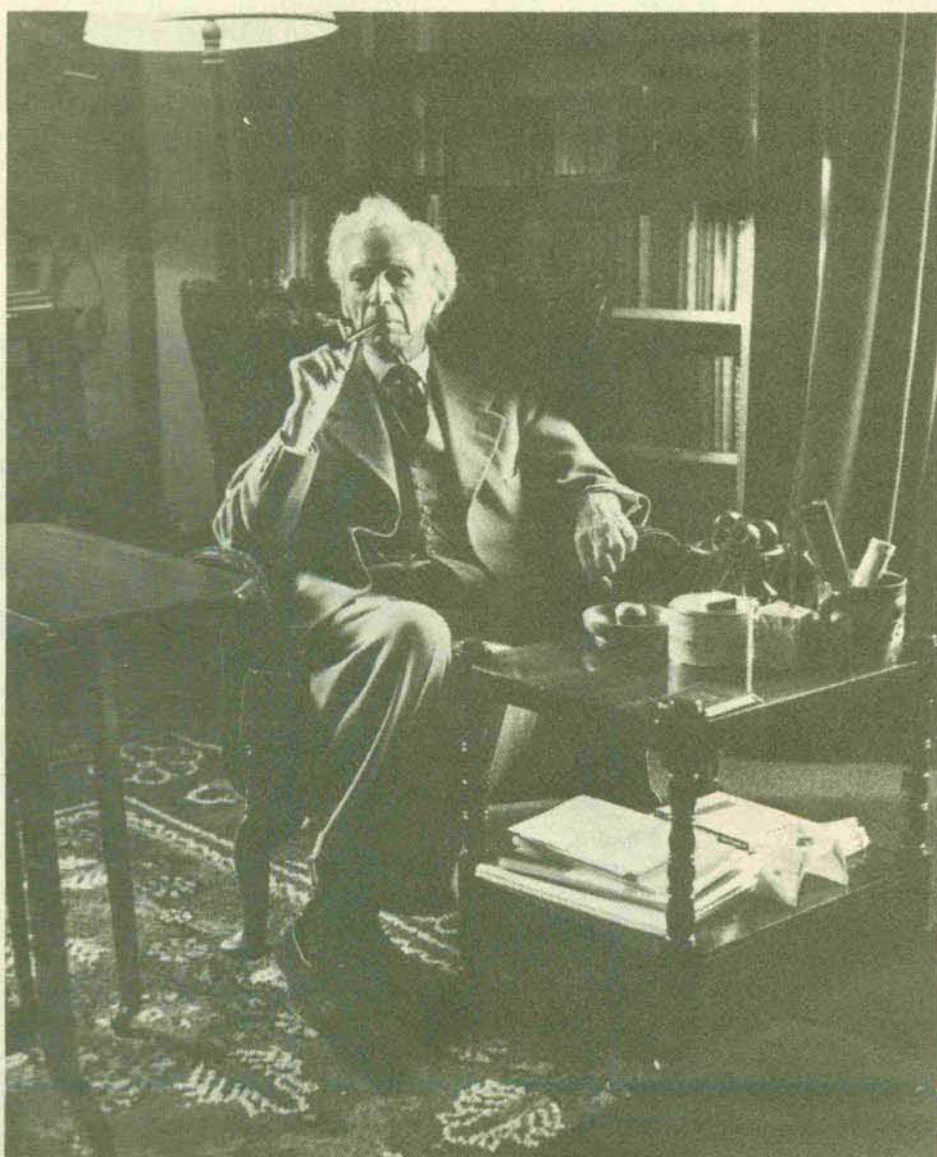
Le desesperaba el destino de la especie humana: «Lo único que deseo antes de morir es tener una mínima seguridad de que la humanidad seguirá existiendo». Para él la idea de la salvación individual tenía por origen la actitud de los primeros cristianos que se consolaban así del sometimiento político que padecían, pero «se hace imposible tan pronto como escapamos de un concepto muy estrecho de la vida recta», como sinónimo de vida virtuosa y la virtud como obediencia a la voluntad de Dios: «Toda esta concepción es la de hombres sometidos a un despotismo extranjero».

Para Russell el miedo, patrocinado por la religión, condenó a los seres humanos a la infelicidad. Aseguraba que el miedo es la base de todas las

desgracias: miedo al misterio, miedo a la derrota, miedo a la muerte. «El miedo es el padre de la crueldad, por lo cual no es sorprendente que la crueldad y la religión hayan ido de la mano».

Descreído de Dios, confiará en la ciencia, esa «religión moderna»: «Puede ayudarnos a vencer ese miedo cobarde con el que la humanidad ha vivido durante tantísimas generaciones», pero en 1955 se ve obligado a lanzar un llamado angustioso a la opinión pública. Firma un documento con Albert Einstein, en donde afirman que «el público en general, e incluso muchas personalidades que ocupan posiciones de autoridad, no han

comprendido lo que representaría una guerra en combas nucleares... Una bomba H podría arrasar ciudades como Londres, Nueva York o Moscú... Nadie sabe con qué amplitud pueden difundirse las letales partículas radiactivas, pero las autoridades más competentes reconocen unánimemente que una guerra termonuclear puede con toda probabilidad poner fin a la raza humana... Eminentes hombres de ciencia y autoridades en estrategia militar han lanzado advertencias, sin decir que lo peor ha de llegar forzosamente; pero sí dicen que hay que esperarlo y que nadie puede estar seguro de que sea posible evitarlo. Este



La ciencia, «esa religión moderna... puede ayudarnos a vencer ese miedo cobarde con el que la humanidad ha vivido durante tantísimas generaciones».



es, pues, el problema, sólido, aterrador e inevitable: si la humanidad no renuncia a la guerra, la guerra pondrá fin a la humanidad...».

El «pesimista feliz», como decía de sí mismo, no pudo resignarse a que estos apocalípticos pronósticos se convirtieran en la realidad absoluta, y se atrevió a plantear la necesidad ética de desobedecer al Estado y de ser des-leal a sus intereses: «Esta cuestión de la lealtad es el punto capital. Hasta ahora, tanto en el Este como en el Oeste, la mayoría de los científicos, como la mayoría de otras personas, han considerado que por encima de todo está su lealtad a su propio Estado. Pero ya no tienen derecho a pensar así. Su lugar debe ocuparlo la lealtad a la especie humana... No deseo que se piense que sugiero la traición, puesto que la traición no es más que una transferencia de lealtad a otro Estado nacional. Estoy sugiriendo una cosa muy distinta,

a saber, que los científicos del mundo entero se unan para ilustrar a la humanidad respecto a los peligros de una gran conflagración y para ingeniar procedimientos que la impidan... Es un deber difícil, que probablemente implicará represalias contra quienes lo cumplan. Pero, después de todo, han sido los trabajos de los científicos los que han originado el peligro, y, por esta razón, si no por otra, los científicos deben hacer cuanto esté a su alcance para salvar a la humanidad de la locura que ellos han hecho posible».

Golpea con fuerza en la aureola blanca que parece proteger a los científicos. Afirma que desde los comienzos de la civilización, la ciencia ha estado ligada a la guerra, recordando la defensa de Siracusa por Arquímedes, las fortificaciones de Leonardo, la renta que percibió Galileo por calcular con inteligencia la trayectoria de los proyectiles. «Así, pues, no hay abandono

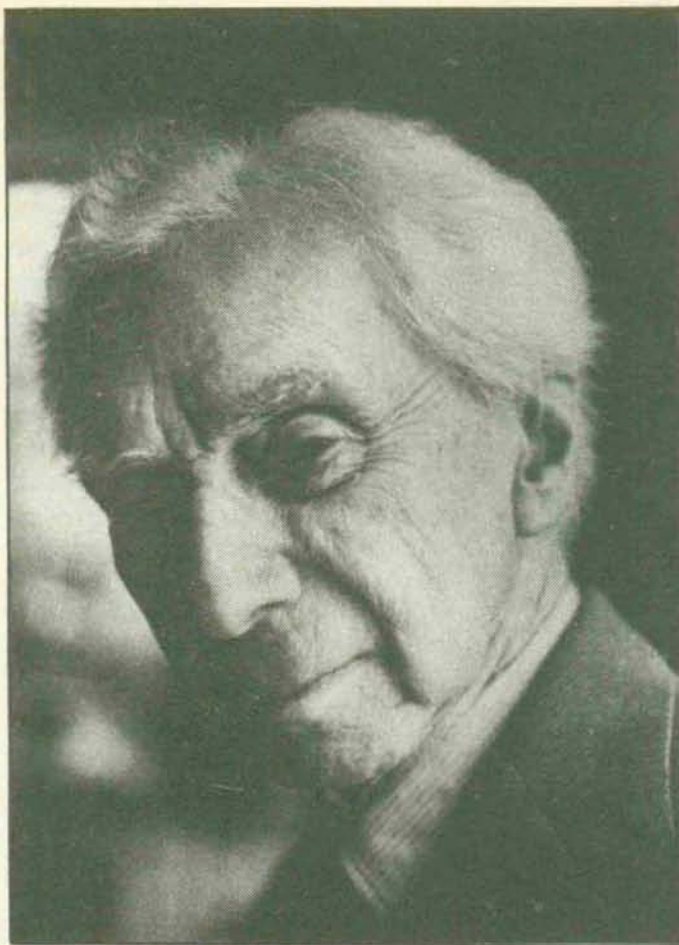
de la tradición en la actual fabricación de bombas atómicas y de hidrógeno por parte de los científicos. Lo único nuevo es la extensión de su habilidad destructiva».

Con su habitual piedad, se inclina a comprender. Reflexiona y dice que no es posible censurar a Colón «porque el descubrimiento del hemisferio occidental extendiese por todo el hemisferio oriental una plaga espantosa y devastadora», pero hay que «velar para que el conocimiento sea utilizado con prudencia» y dicha tarea sería responsabilidad de los estadistas. Por ello escribe una carta abierta a Eisenhower y a Kruschev: «Algunos militaristas ignorantes, tanto en el Este como en el Oeste, han pensado, al parecer, que ese peligro podría descartarse mediante una guerra mundial que diese la victoria a su propio bando. El progreso de la ciencia y la tecnología ha convertido eso en un vano sueño. Una guerra



En 1955, Russell firma un documento con Albert Einstein —en la fotografía— en donde afirman que «... Si la humanidad no renuncia a la guerra, la guerra pondrá fin a la humanidad».





«Lo nuevo en la situación presente no es la imposibilidad del éxito, sino la magnitud del desastre que forzosamente resultaría del intento de conquistar el planeta». (Russell, a los noventa y dos años).

mundial se resolvería, no con el triunfo de uno de los bandos, sino con el exterminio de ambos...».

Haciendo un esfuerzo dramático, casi patético, recuerda a los dos líderes de las super-potencias que la hegemonía mundial es una vieja ambición incumplida. Felipe II de España lo intentó «y redujo a su país al estado de potencia sin importancia». Luis XIV de Francia concluyó facilitando el estallido de la Revolución Francesa. Hitler «pereció miserablemente».

Russell expresa que no hay razón alguna para pensar que los autores de la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos y del Manifiesto Comunista tengan más éxito en la conquista del planeta que las ideologías que les precedieron, «la budista, la cristiana, la islámica..., o la nazi. Lo nuevo en la situación presente no es la imposibilidad

del éxito, sino la magnitud del desastre que forzosamente resultaría del intento».

Diez años después de su muerte, el peligro que señalaba se ha multiplicado. Los arsenales son mil veces más mortíferos, y no se ha podido ni siquiera evitar los accidentes. En la madrugada del viernes 9 de noviembre de 1979, en el Centro de Operaciones de Combate del Norad, en Cheyenne Mountain, Estados Unidos, fue usada por error una cinta magnética que simulaba un ataque de misiles enemigos. La falsa alarma se prolongó durante seis minutos y 18 aparatos modernos de la Fuerza Aérea se dirigieron a repeler el ataque. Durante seis minutos la guerra term nuclear dejó de ser una posibilidad.

Hay que tener en cuenta que los radares más sofisticados detectan objetos que no pueden identificar con precisión,

los cuales son clasificados de posibles naves enemigas. Y no olvidemos que la tercera guerra puede durar sólo unos minutos.

### «TRES PASIONES SIMPLES, PERO ABRUMADORAMENTE INTENSAS»

Este implacable moralista, y conviene señalarlo, no se parece a los hombres justos de la Biblia. No ha tenido vergüenza en decir que «tres pasiones simples, pero abrumadoramente intensas, han gobernado mi vida: el ansia de amor, la búsqueda del conocimiento y una insoportable piedad por el sufrimiento de la Humanidad».

Es hijo de dos conocidos inconformistas victorianos y su abuelo de John Russell, quien adquirió fama con la Ley de Reforma y fue dos veces primer ministro. Su árbol genealógico se consolida en el reformismo **whig**, a partir de William, el Lord Russell que fue ejecutado en 1683 por conspirar contra los Estuardo. Pero sus padres murieron cuando él era un niño y fue desconocido el testamento de su padre que exigía que Bertrand y su hermano, Frank, fueran criados por amigos que compartían sus ideas. Es así como en 1876, a los tres años de edad, es entregado a sus abuelos. Dos años después, al fallecer su abuelo, es su abuela presbiteriana escocesa quien se encarga de su educación: «Era puritana, y tenía la rigidez moral de los miembros del **covenant**. Despreciaba las comodidades, era indiferente a los alimentos, detestaba el vino y consideraba pecaminoso el tabaco». Será en Cambridge, a los 18 años, cuando descubra «un nuevo mundo de infinitas delicias». La férrea y dura educación recibida le había enseñado a amar la li-





«... He buscado el amor, primero, porque comporta el éxtasis, un éxtasis tan grande, que a menudo hubiera sacrificado el resto de mi existencia por unas horas de este gozo. Lo he buscado, en segundo lugar, porque alivia la soledad». (Bertrand Russell con Edith Finch).

bertad. Recuerda con humor: «Si había tarta de manzana y **pudding** de arroz, sólo se me permitía comer **pudding** de arroz».

Su liberalidad será tan atrevida para la época que en 1940 las autoridades del New York City College revocan su nombramiento de profesor aduciendo que su moral no era compatible con los principios de la educación norteamericana. El obispo Manning de la Iglesia Episcopal Protestante afirma que es un «individuo corrupto... que ha traicionado su 'mente' y su 'conciencia'». Este profesor de inmoralidad e irreligión reducido al ostracismo por los ingleses decentes». Se le considera el «campeón del amor li-

bre, de la promiscuidad sexual entre los jóvenes, del odio hacia los poderosos». Un abogado, Goldstein, dice que sus obras son «lujuriosas, libidinosas, lascivas, venéreas, erotomaníacas, afrodisíacas, irreverentes, estrechas de criterio, mentirosas y desprovistas de fibra moral». El juez McGeehan, basándose en los libros **La educación y la vida buena**, **El matrimonio y la moral**, **La educación y el mundo moderno** y **Lo que yo creo**, revoca su nombramiento como docente y lo califica de «insulto al pueblo de Nueva York».

El hombre que merece semejante condena ha escrito: «...He buscado el amor, primero, porque comporta el éx-

tasis, un éxtasis tan grande que a menudo hubiera sacrificado el resto de mi existencia por unas horas de este gozo. Lo he buscado, en segundo lugar, porque alivia la soledad, esa terrible soledad en que una conciencia trémula se asoma al borde del mundo para otear el frío e insondable abismo sin vida. Lo he buscado, finalmente, porque en la unión del amor he visto, en una miniatura mística, la visión anticipada del cielo que han imaginado santos y poetas. Esto era lo que buscaba, y, aunque pudiera parecer demasiado bueno para esta vida humana, esto es lo que —al fin— he hallado».

#### En la conquista de la felicidad

Bertrand Russell provoca la ira de los **cazadores de brujas** y la de los fabricantes de las desdichas: «El hombre feliz es el que no siente el fracaso de unidad alguna, aquel cuya personalidad no se escinde contra sí mismo ni se alza contra el mundo. El que se siente ciudadano del universo y goza libremente del espectáculo que le ofrece y de las alegrías que le brinda, impávido ante la muerte, porque no se cree separado de los que vienen en pos de él. En esta unión profunda e instintiva con la corriente de la vida se halla la dicha verdadera».

Russell enfrenta las instituciones sociales y morales, proponiendo alcanzar la felicidad viviendo objetivamente, teniendo afectos libres e interesándose en cosas de importancia, asegurando la felicidad gracias a esos afectos e intereses, «y por el hecho de que le han de convertir a su vez en objeto de interés y de cariño para muchas otras personas».

En el plano sexual no es menos radical ni revulsivo: «La moralidad sexual, liberada de la superstición, es una cuestión



sencilla... Las relaciones entre adultos, que son agentes libres, son asunto privado, y en ellas no deben inmiscuirse ni la ley ni la opinión pública, porque ninguna persona ajena al asunto puede saber si esas relaciones son buenas o malas».

### GUERRA IGUAL A DESPOTISMO

Su prédica contra la guerra no es motivada inicialmente por la amenaza nuclear. Ya en 1916 se le multa con cien libras esterlinas por su defensa de seis objetores de conciencia, condenados por distribuir un manifiesto pacifista. Se declara autor del escrito y como se niega a pagar la multa, su biblioteca es puesta en venta, y son sus amigos quienes compran los libros. En 1918 es sentenciado a seis meses de prisión por un artículo en que citaba el informe de una comisión investigadora sobre la utilización de tropas norteamericanas contra huelguistas británicos.

Para Russell la guerra es el principal factor del despotismo. Cree que si alguna vez el mundo se viese libre del temor a la guerra bajo no importa qué forma de gobierno o de sistema económico, con el tiempo se hallarían medios para «reprimir la ferocidad de los gobernantes». Por otra parte, afirma que «toda guerra, pero especialmente la guerra moderna, promueve la dictadura, al hacer que los tímidos busquen un dirigente y al convertir a los espíritus más audaces de una sociedad en una jauría».

En el clima de guerra, sean en estas frío o caliente, detesta esa psicología agresiva, patrioteira, dispuesta a justificar cualquier atrocidad en nombre de ciertos valores, de ciertos símbolos. La guerra sería el espacio en donde todo está permitido en nombre de ideales absolutos, que no se pueden cuestionar. El poder se convierte en autocrático, el fanatismo en virtud a imitar,

la intolerancia en signo de lealtad. Y es entonces cuando los holocaustos tienen lugar: los campos nazis, los bombardeos norteamericanos sobre Vietnam, los campos de «reeducación» en la URSS, la tortura masiva en Argelia y en Chipre, la represión indiscriminada en Irlanda del Norte, el desconocimiento de la nacionalidad a los palestinos, el genocidio de Camboya, los desaparecidos de Argentina, etcétera.

Russell en su labor contra la instrumentalización de la gente, ve en la educación autoritaria la **muerte de la vida**. Para un régimen opresor los niños son el material al que se le puede enseñar a comportarse como una máquina para promover los propósitos del poder: «La fantasía, la imaginación, el arte y la facultad de pensar habrán quedado destruidos por la obediencia; el gozo de morir habrá fomentado la receptividad en relación con el fanatismo... En las batallas a las que los llevaré



En 1966, propuesto por él, se constituía el Tribunal Internacional para juzgar los crímenes de la guerra de Vietnam. Es difícil encontrar otra personalidad que se haya preocupado tan intensamente y de manera tan imparcial por los derechos humanos. (Una sesión del Tribunal Russell. Pueden identificarse, de izquierda a derecha de la fotografía, Simone de Beauvoir, la cuarta, y Jean-Paul Sartre, el sexto).



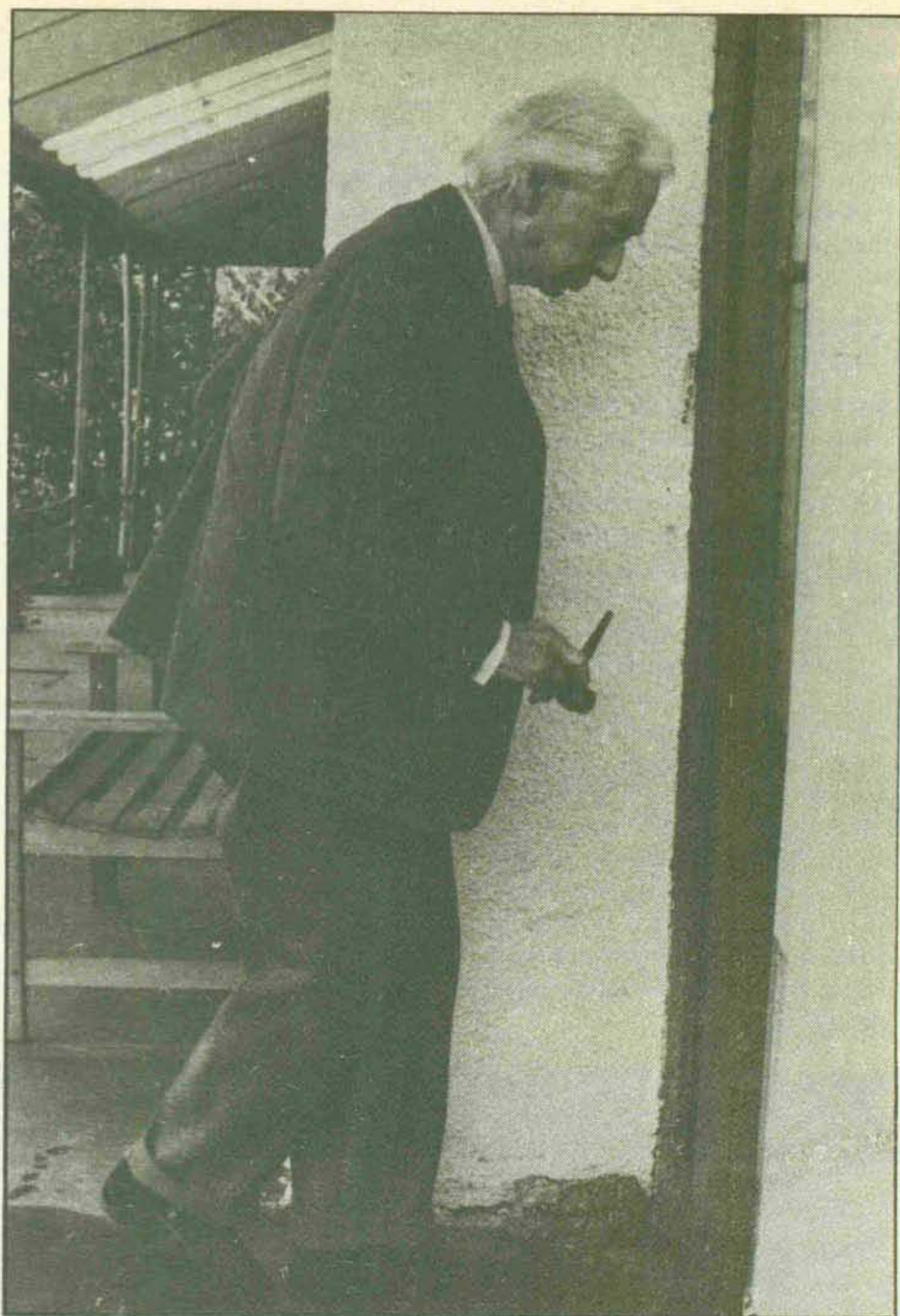
—dice de los educadores autoritarios— unos morirán, otros vivirán; los que mueran lo harán exultantes, como héroes; los que vivan seguirán viviendo como esclavos, con esa honda esclavitud mental a la que los habrán habituado las escuelas».

En otras circunstancias Russell hubiera padecido la hoguera, el ostracismo o la total marginación. Pero aristócrata, brillante, británico, ciudadano del siglo XX, pudo enfrentar las normas de esta cultura, sin correr los riesgos más extremos, uno de los cuales podría haber sido la locura. Sin embargo, las ventajas de que disponía no lo ablandaron. No hubo tabú, no hubo conflicto o sufrimiento que no analizara con consecuencia. Su pasión por la vida, por el amor y por la libertad le impedían hacer concesiones.

A los 97 años, cinco meses antes de su muerte, se dirigía a los periódicos para pedir por los checos: «Es absolutamente necesario defender las vidas de aquellos cuyo único crimen fue la primavera checa de 1968». En 1966, propuesto por él, se constituía el Tribunal Internacional para juzgar los crímenes de la guerra de Vietnam. Es difícil encontrar otra personalidad que se haya preocupado tan intensamente y de manera tan imparcial por los derechos humanos.

## EPILOGO

Autor de 68 obras, en 1950 se le concede el Premio Nobel de Literatura, «en consideración a la multiplicidad e importancia de sus actividades literarias, por las que se significa como un paladín de la humanidad y de la libertad de pensamiento». Y hay más. Su dedicación a las matemáticas. Dedicó diez años a colaborar con A. N. Whitehead para la composición de **Principia**



«A los catorce años estaba convencido de que el principio fundamental de la ética debía ser la promoción de la dicha humana y, al principio, esto me pareció tan evidente que supuse sería una opinión universal. Luego, con sorpresa de mi parte, descubrí que era una opinión considerada heterodoxa y denominada utilitarismo». (Russell a los 96 años).

**Mathematica.** Viaja por Europa, Estados Unidos, China, Japón, Australia. Es candidato a diputado en dos oportunidades, vencido en ambas. Renunciará al Partido Laborista por su política en relación a Indochina. Participa del Congreso Internacional de Filosofía en París. Su actividad es desconcertante.

Hay algo que nos ayuda a definirlo. A los catorce años estaba convencido de «que el

principio fundamental de la ética debía ser la promoción de la dicha humana, y, al principio, esto me pareció tan evidente que supuse sería una opinión universal. Luego, con sorpresa de mi parte, descubrí que era una opinión considerada heterodoxa y denominada utilitarismo».

Halló que la vida era digna de vivirse y afirmaba que con gusto volvería a vivirla si se le ofreciera la oportunidad. De-

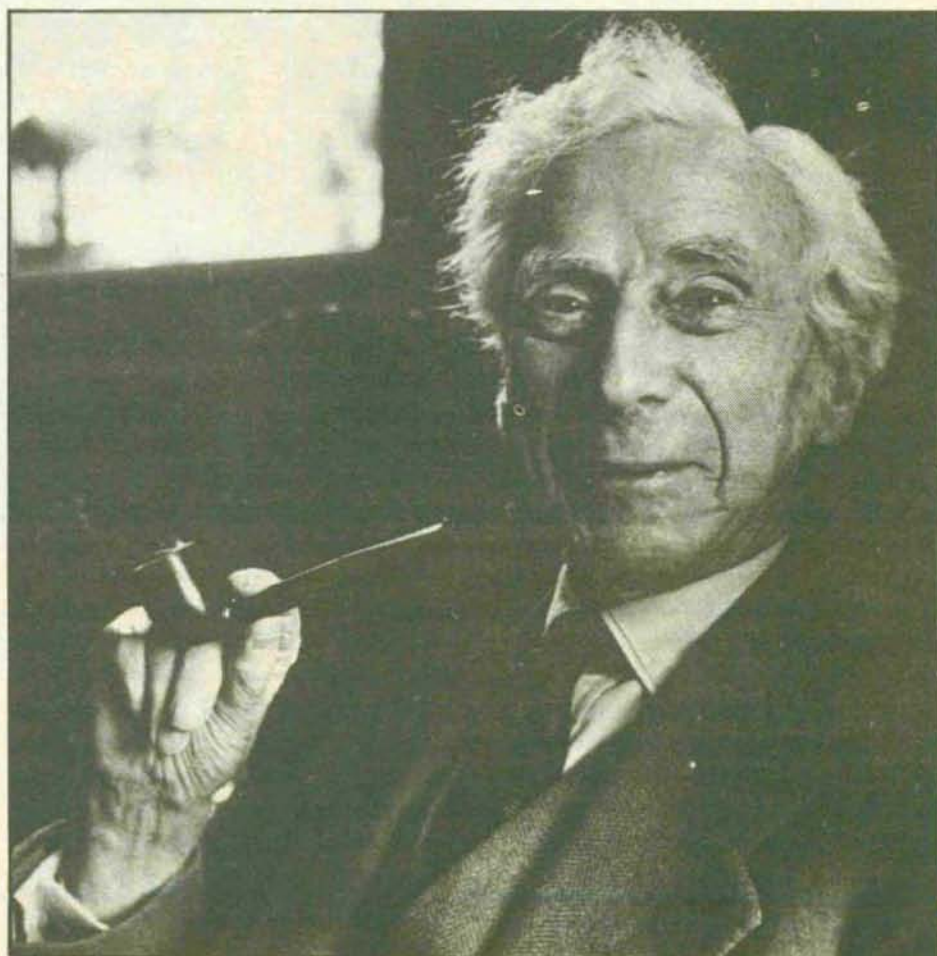




«Toda guerra, pero especialmente la guerra moderna, promueve la dictadura, al hacer que los tímidos busquen un dirigente y al convertir a los espíritus más audaces de una sociedad en una jauría». (La granja Welsh, en la que pasó los últimos años de su vida lord Russell, en compañía de su esposa, Edith Finch).

seaba entender el corazón humano: «He tratado de aprehender el poder pitagórico en virtud del cual el número domina el flujo. Algo de esto he logrado, aunque no mucho. El amor y el conocimiento, en la medida en que ambos eran posibles, me transportaban hacia el cielo. Pero siempre la piedad me hacía volver a la tierra. Resuena en mi corazón el eco de gritos de dolor. Niños hambrientos, víctimas torturadas por opresores, ancianos desvalidos, carga odiosa para sus hijos, y todo un mundo de soledad, pobreza y dolor convierten en una burla lo que debería ser la existencia humana».

Digno sobreviviente de una época, implacable testigo y abogado defensor de los que sufren, luchador incansable para conjurar los peligros que nos amenazan, tuvo la edad de la esperanza, y también la edad de la ternura ■ R. L. S.



«Tres pasiones simples, pero intensas, han gobernado mi vida: el ansia de amor, la búsqueda del conocimiento y una insoportable piedad por el sufrimiento de la Humanidad».